

Do Domingo 9-5-2006

MAGAZINE Diana Sevilla

SALVAJADA NACIONAL

No sé a ustedes, pero a mí la primavera —recién llegada cuando escribo este artículo— me hace sentirme contenta: los días que se alargan, la tibieza del aire, la energía de los chubascos repentinos, y toda esa hermosura que se desparra por los campos, los parques, los montes o las mismas calles de la ciudad, flores, hojas, hierbas... Tengo la sensación de que entro en la mejor parte del año, aquella que me conducirá suavemente hasta el verano y todos los placeres asociados a las vacaciones y el calorcito.

Pero al comienzo de cada primavera una imagen de pesadilla me asalta y me persigue: la de los 12.000 toros que serán torturados en las corridas de los próximos meses, unidos a las alrededor de 70.000 vaquillas que sufrirán toda clase de atropellos en las fiestas (?) populares, además de los burros, cabras, patos y demás animales que van a ser pasto de los peores instintos de mis conciudadanos.

Nunca he podido comprender el placer obtenido a costa del dolor de otro ser vivo, sea éste de la especie que sea. Todas las culturas occidentales se han basado en el antropocentrismo, en la idea de que la humanidad



PATRICK THOMAS

es el elemento más perfecto de la creación, o el más desarrollado de la evolución, y superior por lo tanto intelectual y moralmente al resto. Estaría dispuesta a discutir esta idea tan común, desbaratando así éticamente cualquier posibilidad de crueldad gratuita hacia otros animales. Pero, en el supuesto de que ese concepto no estuviera equivocado, no nos quedaría más remedio que asu-

mir nuestra responsabilidad con los seres más débiles, igual que la asumimos respecto a los niños o los enfermos. Actuar por lo tanto con compasión hacia el resto de las criaturas sintientes. Y, si algo ha quedado claro gracias a las investigaciones científicas, es que la mayor parte de los vertebrados, y los mamíferos en particular, tienen un sistema nervioso muy semejante al nuestro y, por lo tanto, sienten el miedo y el dolor de forma muy parecida. ¿Quién nos autoriza pues a causar sufrimiento y a disfrutar con él? Porque la gran perversión de todo ese tipo de actos aberrantes radica en la banalidad con la que personas supuestamente racionales e inteligentes extraen placer del dolor, la angustia y la agonía de otros seres vivos, aplaudiendo, chillando, celebrando cada nuevo gesto de tortura...

Ya sé que los detractores de los toros y demás ceremonias horrendas no vamos a conseguir fácilmente que se prohíban, al menos no a corto plazo (aunque les aseguro que no perdemos la esperanza). Ahora bien, me atrevería a rogar a los amantes de tales salvajadas que, al menos, no utilicen al referirse a ellas determinados términos: dejen de decir que el toro es un "arte", pues el arte es creación y por lo tanto vida, y es imposible hacer arte basándose en la muerte. Absténganse también de llamarlo "fiesta", pues tan sólo lo es para ciertas mentes insensibles. Y olvídense igualmente de la palabra "nacional": somos millones los que nos sentimos tan españoles como ellos y detestamos ser representados por su tortuosa ceremonia del sadismo. o

